

ESTADO ACTUAL DE LAS INVESTIGACIONES SOCIALES: A PROPOSITO DE DOS ENCUENTROS DE ESPECIALISTAS SOBRE EL AREA ANDINA Luis Millones

Es evidente que cada vez se hace más difícil conversar entre los científicos sociales del área andina. Multitud de proyectos, creciente número de oficinas, alumnos y asesorías dividen la atención del escaso tiempo que transcurre entre domingo y domingo. Además, los intereses se han diversificado de tal manera, que casi es más fácil que se entiendan un agrónomo con un antropólogo-ecólogo, o un arquitecto con un antropólogo urbano, que entre ambos antropólogos. Se suma a ésto la tensión política en que viven las naciones andinas y que se reflejan necesariamente en la labor del científico social. Por la naturaleza de sus estudios cada uno de ellos tendrá que emitir juicios parciales o totales acerca de la situación de su país o continente arrastrando sentimientos que no puede controlar. O bien tendrá que moverse en el resbaloso limbo de la neutralidad lo que a la larga recepciona más tensiones que las definiciones claras y concluyentes.

Especialización, volumen y variedad de tareas, a más de una inevitable relación con lo político, hacen que los estudiosos en ciencias sociales vean con satisfacción la noticia de un congreso. Y aunque, como veremos, hay muchas maneras de hacer congresos, se espera de ellos cierto tono informal, determinado espacio para expresar y comentar intereses profesionales y no profesionales, y la seguridad de reencuentros agradables.

Justamente vamos a comentar dos congresos concebidos y realizados bajo supuestos muy diferentes: 1) la Primera Jornada del Museo Nacional de Historia: "Encuentro de Etnohistoria y Antropología Andina" (23, 24 y 25 de noviembre de 1976), y 2) el III Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina (31 de enero - 5 de febrero de 1977).

El "Encuentro de Etnohistoria y Antropología Andina" nació de cierta conciencia entre los especialistas en historia y antropología andinas, de precisar los

alcances de una línea de estudios que ya agrupaba a muchos interesados: la etnohistoria. Cerca de quince años atrás, su difusión en el Perú se realizó con el entusiasta apoyo de John Murra y R. Tom Zuidema, quienes buscaron documentos y colegas nacionales para evaluar testimonios del pasado peruano, que en ese entonces eran poco conocidos o bien se hallaban todavía inéditos. Y aunque sus intereses eran muy diversos, Murra y Zuidema coincidían en buscar un ángulo de vista indígena para analizar la estructura social y el sistema económico del Perú Precolombino. Con mucho mejor sentido de las relaciones públicas, Murra ubicó y alentó trabajos de quienes contaban ya con labor realizada ofreciéndoles sugerencias y bibliografía actualizada. Es así como se desarrolló el interés de personas como Edmundo Guillén, Waldemar Espinoza, Franklin Pease, Juan Ossio y María Rostworowski entre otros. Justamente ésta última, ahora en la Dirección del Museo Nacional de Historia, fue la responsable de la "Primera Jornada del Museo Nacional de Historia" que estamos comentando.

Desde un principio María Rostworowski planteó la reunión como un conversatorio entre colegas de la especialidad, en el que se incluiría a personas con intereses afines que pudiesen

aportar al desarrollo de los estudios etnohistóricos. Para los fines de la reunión se adoptó una definición laxa para Etnohistoria, se entendió por tal a la historia de los pueblos ágrafos del área andina, cuyo desarrollo cultural pudiera ser detectado en los documentos de los siglos XVI y XVII. Desde un principio la reunión contó con el apoyo de la Comisión Fullbright, cuya directora pasó a integrar el pequeño comité organizador que presidía la directora del museo. A sugerencia del que escribe, se decidió organizar tres symposia que llenaran las mañanas de los días señalados: el primero sobre Organización Económica, dirigido por Franklin Pease; el segundo sobre Sociedad y Poder, que estaría a cargo de Fernando Silva Santisteban; y el tercero, que me tocó dirigir, y que agrupó las ponencias sobre Ideología y Religión. Asimismo, se estructuraron tres mesas redondas para las tardes correspondientes: Agricultura Andina, a cargo de César Fonseca y Enrique Mayer; Alimentación y Recursos Naturales que dirigió la propia Rostworowski, y Fuentes y Metodología coordinada por Miguel Maticorena. Se dejó absoluta libertad para que los responsables invitasen a los participantes de cada uno de sus symposia o mesas redondas, y de acuerdo con el criterio inicial de la directora del museo, se evitó la pu-

bilidad, limitando los asistentes al número de asistentes a los que se podía invitar personalmente. Con esta misma pauta se empleó un pequeño fondo proporcionado por Ford Foundation para pagar pasajes y estadía a determinados colegas de universidades provincianas. A ellos se sumó un reducidísimo grupo de autoridades e intelectuales de prestigio a los que se les envió cartas formales de invitación.

A pesar de las precauciones, el hecho de que todos los coordinadores fueran profesores universitarios, motivó que un número respetable de estudiantes, alrededor de cien acudieran al Encuentro, pero se limitó su participación, manteniéndoles en calidad de observadores. De la misma manera, dado que la mayoría de ponentes estaban ligados a la Universidad Católica, fue notorio que también los asistentes pertenecían mayoritariamente a dicha institución.

Pasando revista a cada día podemos decir que el symposium de "Organización Económica" se caracterizó por incluir investigadores jóvenes, en su mayoría egresados o en sus primeros años de vida profesional. Junto con ellos alternaron algunos especialistas de reconocido prestigio como Juan Alvarez, Mario Escobar, Alcides Parejas y María Rostworowski.

Sobresalió entre las ponencias, el trabajo de Pilar O. de Zevallos y Lía D. R. de Calmell: *Las lagunas como fuentes de recursos naturales en el siglo XVI*. Asimismo se puede destacar a Mario Escobar, profesor de la Universidad del Cuzco que presentó el estudio titulado *Relaciones interregionales y flujo de recursos naturales*. Por la tarde se pudo observar, como primicia, los primeros resultados del Proyecto de Investigación sobre *Agricultura Tradicional*, llevado a cabo por César Fonseca y Enrique Mayer. Los mencionados profesores trajeron consigo a todo su equipo de trabajo de campo y presentaron el resultado de sus investigaciones de manera documentada y eficiente. Sobresalieron las exposiciones de Richard Shea y Félix Palacios, ambos estudiantes asesorados por Mayer.

El segundo día se caracterizó por agrupar trabajos de diferentes calidades y enfoques variados. Desde temas de discusión teórica general. Por ejemplo: *Antropología Etnohistórica y Educación* presentada por Domingo Llanque hasta temas monográficos de alcances muy precisos *La población indígena de la región atacameña en la segunda mitad del siglo XVIII* por Jorge Hidalgo. Sobresalió notablemente la ponencia de Carlos Lazo y Javier Tord: *Grupos de*

poder y movimiento social en el Perú Colonial: algunas evidencias. La mesa redonda correspondiente, fue muy novedosa para los especialistas en ciencias sociales, ya que agrupó profesionales de otras áreas (Ricardo Sevilla y Santiago Antúnez de Mayolo por ejemplo). Pero, esta misma disparidad convirtió la mesa redonda en un pequeño symposium, en el que cada uno de los participantes presentó la temática de sus propias investigaciones, y prácticamente desapareció todo intento de discusión sobre un problema común.

200

El último día fue favorecido por la presencia de los mejores especialistas en ideología y religión andina, que accedieron a participar en este symposium. Al lado de ellos (Manuel Marzal, Juan Ossio, Franklin Pease, Fernando Silva, Alejandro Ortiz entre otros), me interesó invitar, a otros profesores universitarios cuya especialidad los acercase al tema en mención y cuya tarea docente incluyese tópicos a ser estudiados en el symposium. Es así como asistieron y participaron docentes de las Universidades San Martín de Porres, Garcilaso de la Vega, Ricardo Palma, etc. y uno que otro especialista extranjero que por distintas razones coincidieron en estar en Lima. Daba por descontado que si bien podía aparecer

un trabajo de nivel muy diferente al de las personas mencionadas, al menos su presencia en el symposium permitiría al autor, renovar su esquema teórico y poner al día su bibliografía, todo ello en beneficio de sus estudiantes. Felizmente, tal situación no se presentó sino en un par de casos; a lo largo del symposium, aparecieron trabajos de calidad no necesariamente previstos, que demostraron un positivo avance en esta línea de estudios. Así por ejemplo, las ponencias de Marco Curatola *El culto de crisis del Moro Onqoy*, de Elio Masferrer. *La religión indígena colonial de los Condesuyos de Arequipa* y de Román Robles *La religión cristiana en el proceso de colonización del mundo andino* fueron gratas revelaciones en este sentido. A su lado, Manuel Marzal *La cristalización del sistema religioso andino en la segunda mitad del siglo XVII* y Juan Ossio *Las cinco edades en Felipe Huamán Poma de Ayala* fueron quienes presentaron los trabajos de mejores posibilidades para futuras investigaciones de largo aliento.

La mesa redonda de la tarde fue el punto flaco de las acciones programadas. Quizá la intensidad con que se vivieron las reuniones anteriores, o bien ciertas deficiencias en su conducción, disminuyeron las posibilidades de un debate que debió ser central de

acuerdo a las preocupaciones que originaron el encuentro. El diálogo fue discontinuo e improvisado, y salvo las intervenciones de Frida Wolf y Elio Masferrer, quedó poco para el recuerdo.

El resumen de toda la Jornada arrojó un satisfactorio saldo favorable. Una organización simple, un ambiente cómodo como el que proporcionara el museo y el hecho de ser realizado entre amigos creó las condiciones óptimas para que la "conversación" se llevara a cabo.

El "III Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina" partió de presupuestos completamente diferentes. En primer lugar, se trata de una reunión periódica bianual que se lleva a cabo en los países que se reconocen como "andinos" (Perú, Bolivia, Ecuador y Chile). Cada uno lleva contabilidad aparte de las veces que organizó el congreso, así por ejemplo, éste último ha sido el tercero en el Perú, pero también Bolivia y Chile llevaron a cabo tales eventos en años anteriores; de haberse efectuado en cualquiera de esos países se le hubiese llamado II Congreso Boliviano (o Ecuatoriano) del Hombre y la Cultura Andina; o bien I Congreso Ecuatoriano. . . , ya que este país todavía no ha tenido la oportunidad de hacerlo. Toda esta complicación de nombres empezó el año 1971,

cuando el Museo de Arqueología y Etnología de San Marcos, decidió llevar a cabo la primera reunión, constituyendo un Comité Permanente que sólo reaparece durante la realización de cada evento. La presidencia de dicho comité está en manos de Don Luis E. Valcárcel, cuya presencia garantiza la solvencia académica de las decisiones del mismo y permite un canal de diálogo fluido, entre los científicos sociales peruanos, casi todos formados, en sus clases o en la lectura de sus libros.

El II Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina se realizó en Trujillo en 1974, donde la asamblea eligió al Cuzco como sede del III Congreso. Desgraciadamente, por razones presupuestarias y de organización, el comité encargado dejó transcurrir los plazos previstos sin convocar la reunión, lo que motivó una creciente desazón entre antropólogos y arqueólogos del país, público habitual de estos eventos. Finalmente, a iniciativa de Ramiro Matos, entonces Director del Programa de Arqueología de la Universidad de San Marcos, se consultó a algunos miembros del Comité Permanente acerca de la conveniencia de llevarla a cabo en Lima, la propuesta fue aceptada de inmediato. Fue entonces cuando se me pidió integrar la Comisión

Organizadora, que desde octubre de 1976 se abocó en la tarea de montar el encuentro. Nuestra primera faena fue viajar a Cuzco a presentar la decisión del Comité Permanente, y expresar nuestro interés porque en una futura oportunidad, el Cuzco llevara a cabo el congreso, retenido el mandato de la asamblea de Trujillo.

Concluido el acuerdo, la Comisión Organizadora se encontró en el momento de decidir las condiciones en que se movería el III Congreso. Un primer problema estaba dado por los antecedentes del mismo, es decir que a partir de un énfasis casi exclusivamente arqueológico de los temas a ser tratados, ahora se vislumbraba la necesidad de incluir reuniones para sociólogos, historiadores, psicólogos sociales, etc., todos ellos con interés de participar activamente. Más aún, de 1971 a la fecha, los alumnos de ciencias sociales se habían multiplicado en el país, circunstancia percibida apenas parcialmente en Trujillo (1974) ya que sólo concurrieron unos pocos estudiantes de otras universidades. Todo esto nos decía que si se ampliaba el espectro de las especialidades y se mantenía el nivel masivo de la participación, nos veríamos abrumados por la afluencia de congresistas y curiosos. Tanto más, si el local entendido como sede

natural de los congresos seguía siendo la Casona de San Marcos, en pleno centro de Lima, al acceso fácil de cualquier punto de la capital.

Todavía no entiendo las razones que finalmente apoyaron el criterio más amplio para recibir temas y participantes. Pienso que la voluntad universitaria de sentirse cercanos al pueblo —de parte de los organizadores—, el manifiesto interés de sociólogos, historiadores, etc., la ansiedad participatoria de los estudiantes y un generoso despliegue publicitario pesaron en el ánimo de la comisión lo suficiente como para propiciar —tal como sucedió— una avalancha de 912 inscritos que coparon todas las posibilidades de establecer un orden funcional e incluso de espacio físico.

Académicamente el congreso se organizó con 19 seminarios y 11 symposia. Por seminario se entendía una reunión que albergaba temas afines a ser tratados en grupos pequeños, con un moderador que se limitaba a dirigir el debate sin que se buscara mayor discusión que la que podía surgir de las intervenciones del momento. Con el nombre de symposium se denominaron reuniones planeadas y dirigidas por coordinador que previamente había invitado y conversado con los participantes en busca de

cierta coherencia temática.

La financiación del congreso se realizó a partir del dinero de las inscripciones y del desinteresado apoyo del Instituto Nacional de Cultura, del Consejo Nacional de la Universidad Peruana y la propia Universidad Mayor de San Marcos, que respaldaron con dinero y disposiciones ad-hoc, el funcionamiento del congreso. Esto benefició especialmente la llegada de profesores y alumnos provincianos, que en más de un caso, faltaron omnibuses para concurrir al evento, lo que por otra parte agudizó el problema de la asistencia masiva: al mismo tiempo, esta bonanza permitió apoyar la asistencia de más de un profesor extranjero. El entusiasmo descrito se tradujo en la cifra de asistentes ya mencionada, que generó a su vez un desconcierto administrativo, que fue la nota discordante en este congreso. Felizmente el hecho de haberse decidido los temas con tiempo y la seriedad con que se seleccionaron los ponentes, permitió reuniones de gran calidad y en determinados momentos, un debate enriquecedor en el intercambio de fuentes e hipótesis de trabajo. Pasaremos a reseñar las más importantes.

Probablemente el symposium arqueológico mejor planeado fue el de *Patrones de poblamiento y desarrollo urbano prehispánico*.

Se aprovechó la coyuntura de tener un *researcher* Fullbright en Lima, Tom Dillehay, arqueólogo graduado en Texas (Austin). Para la organización del symposium, Dillehay se puso en contacto con Richard Schaedel, reputado peruanista y verdadero especialista en urbanismo, que accedió a compartir la dirección del symposium. El resultado fue una reunión de alta tecnicidad que fuera seguido con notable interés por estudiantes y colegas. Todavía pensando en los temas estrictamente arqueológicos, vale la pena recordar el symposium sobre *Formaciones sociales sedentarias* codirigido por Ramiro Matos y Luis Watanabe. Este último, acaba de doctorarse en San Marcos, con una tesis de indudable calidad, cuyo resumen fue ofrecido como ponencia: *Sitios tempranos en Moche*. Vinculada al quehacer arqueológico, se desarrolló la mesa redonda *Conservación y defensa de monumentos*, de notable repercusión en el congreso y que estuviera coordinada por el Arquitecto Santiago Agurto, director ejecutivo del Consejo Nacional de la Universidad Peruana.

Tal como se dijera páginas atrás, este congreso innovó los anteriores con la presencia de numerosos temas de carácter sociológico e histórico, sobresaliendo entre ellas el symposium sobre *Capitalismo y Burguesía en los*

Andes, coordinado por Alberto Flores Galindo, profesor de la Universidad Católica, que en base a reuniones previas y una excelente selección de ponentes, logró estructurar un grupo homogéneo y de lucida intervención. También destacó la reunión sobre *Movimientos Campesinos Contemporáneos*, coordinada por los profesores sanmarquinos Wilson Reátegui y Wilfredo Kapsoli, quienes organizaron una real maratón de trabajos que se prolongó en dos fechas. Fue uno de los certámenes más concurridos, donde la calidad de los trabajos, y el calor de los ponentes consiguió mantener una atención permanente y cuidadosa. De manera especial quisiera mencionar el symposium que me tocó dirigir: *Ideología y Religión Andinas*. Esta vez preferí invitar a estudiantes e investigadores noveles cuya labor fuese promisoría, con el interés de promover su trabajo y alentar sus inquietudes. De acuerdo con esto se obtuvieron ponencias de valor, tales como la de Javier Zorrilla *Sueño y realidad en una comunidad ayacuchana* y la de Arthur R. Friedman: *La interacción religioso-simbólica y denotativa*. El resto de los trabajos presentados no desentonó con los mencionados, observándose, a lo largo de la reunión un diálogo animado y de buen nivel académico.

Los seis días del congreso permitieron también la realización de acciones que complementaron las funciones del mismo, dos exposiciones (del Hombre Fósil y Museos en la Educación), y la presentación de danzas folklóricas y películas etnográficas contribuyeron a mantener un clima de constante actividad. Todo ello, sumado a la presencia de estudiantes universitarios de todos los rincones del país, contribuyó a devolver, cierta vitalidad a la vieja Casona de San Marcos.

Mirando retrospectivamente los dos eventos descritos, no puedo elegir o descartar a ninguno, cada vez se me hace más nítida la necesidad de ambas formas de exponer, reflexionar y debatir sobre los problemas sociales. Creo que se puede y debe ganar en organización, en previsiones para una publicación posterior, en calidad de las ponencias, etc., pero tanto la reunión selecta de trabajos científicos como el debate público de los mismos, son necesarios para tener una exacta medida de la validez de nuestra labor como intelectuales. Eso sí tenemos que evitar las exageraciones de cada modelo, la discusión científica no debe ser con clave de exquisitos, ni desafortada exposición de lugares comunes. Es mi criterio, que, con altibajos, las dos reuniones comentadas mantuvieron un nivel

decoroso, que traslucía, de manera veraz, el estado actual de la investigación sobre la región andina. Esperamos, pues, que en las reuniones que se avecinan (la próxima es en julio: Congreso Nacional de Folklore) se recoja nuestra experiencia, para que se

haga aún más fructífero el encuentro entre los investigadores, sus disciplinas, y la posibilidad de ser conocidas y usadas por el mayor número de participantes, de la mejor manera posible.